

FEUDALISMO, CAPITALISMO, SOCIALISMO, O TEORÍA Y POLÍTICA DE LAS TRANSICIONES ECO-HISTÓRICAS*

Jason Moore



Esta descripción eco-histórica sugiere que la división del trabajo que surgió durante la transición del feudalismo al capitalismo, estaba entrelazada por las relaciones de producción, tanto como por las relaciones de intercambio –comprendiendo ellas juntas lo que Marx llama un «todo orgánico» (1973: 100). Nos hemos concentrado en las dramáticas transformaciones socio-ecológicas efectuadas por la conquista de las Américas por Europa, no simplemente porque fueran dramáticas, sino igualmente porque estas transformaciones fueron momentos centrales de la acumulación «originaria» de capital. «Las Américas no fueron incorporadas a una economía-mundo capitalista ya existente» (Quijano & Wallerstein, 1992: 549). Su conquista más bien fue decisiva en la canalización del resultado de la crisis feudal hacia el capitalismo.¹

La subordinación de las Américas a la ley del valor no debería ser vista, no obstante, como exógena a los desarrollos que tuvieron lugar al

interior de Europa. Las fronteras comerciales que avanzaban, del azúcar y la plata, señalando «la rosada alborada... de la producción capitalista» (Marx, 1967, I: 703), alteraron la sociedad tanto en Europa como en el Nuevo Mundo. Tal vez lo más significativo fue la nueva relación entre ciudad y campo, vinculada de modos complejos con los nuevos sistemas de producción de mercancías en los Mundos, tanto Viejo como Nuevo. Para mencionar solo algunos ejemplos, podríamos haber considerado cómo las relaciones ciudad-campo más geográficamente expansivas –y ecológicamente problemáticas– desplazaron las relaciones ciudad-tierras interiores de la era feudal. El Ámsterdam del siglo XVI, por ejemplo, dependía del grano báltico para una cuarta parte de sus necesidades (Elliot, 1968: 48). Un resultado fue el extendido agotamiento de los suelos en las regiones exportadoras de grano de Europa del este en el siglo siguiente (Wallerstein, 1980: 132-33). Y la

* El texto que se presenta aquí es un extracto de la traducción realizada por Daniel Piedra Herrera del artículo «Nature and the Transition from Feudalism to Capitalism» publicado en *Review*, XXVI, 2, 2003, 97. El artículo publicado en los números 37 y 38 de *Laberinto* surgieron a raíz de pedirle al autor una introducción para la selección escogida de la traducción anteriormente mencionada.

1. De aquí la importancia del Nuevo Mundo en relación con el Océano Índico: «Lo que transformó decisivamente la forma del sistema mundial 'moderno' no fue tanto la toma portuguesa del 'Viejo Mundo' sino la incorporación española del 'Nuevo Mundo'» (Abu-Lughod, 1989: 363).



madera que fluía desde los bosques bálticos –sin la cual el auge de las grandes flotas mercantes Holandesa e Inglesa era inconcebible y que encontraron el camino hacia distantes puertos en Portugal y en Castilla– era extraída a un alto costo. Para el siglo XVII, la «temeraria explotación» de los bosques de Polonia «produjo un desierto en el bosque» (Szczygielski, 1967: 94 citado en Wallerstein, 1980: 133, n. 16; también Richards, 1990: 168). Las dunas de arena invadieron las costas de la Pomerania, donde una vez prosperaron los bosques (Braudel, 1981: 365; 1961: 256).

Podríamos haber observado que la urbanización del campo en esta era conllevaba no solo la divergencia entre la ciudad y el campo, sino también el desarrollo disparejo de la sociedad rural. Es decir, no solamente se oponía a la ciudad contra el campo en un antagonismo dialéctico, sino que el campo era opuesto a sí mismo. Cada vez más la sociedad rural era un ensamblaje de regímenes de monocultivo –el grano y la madera en Europa del este, la cría de ovejas en Castilla e Inglaterra, el azúcar en las Américas y así sucesivamente. En estos momentos tempranos de la especialización regional se encuentran los orígenes de la radical simplificación de la tierra que hizo el capitalismo, lo que hoy día se extiende hasta los propios fundamentos genéticos de la vida.

Finalmente también podríamos haber notado que no eran solo los esclavos los que sufrían el uso que hacía el capitalismo de «el cuerpo como una estrategia de acumulación» (Harvey 2000). Los campesinos y obreros de Europa prosep-

raron inmediatamente después de la Muerte Negra, pero sufrieron una dieta deterioradora después de la reavivación económica del siglo XV. Para tomar prestada una frase de Lynn White, esta dieta rica en cereal era una forma de «aminohambruna» (1962: 75)². Los salarios reales cayeron y los señores de la tierra se desplazaron de la agricultura cerealera a los pastizales. La cría de animales fue cada vez más monopolizada por los grandes terratenientes y los precios de los cereales se movían hacia arriba. Unos granos cada vez más caros desplazaron a la aún más costosa carne en la dieta europea. Como resultado las crisis de subsistencia y las graves epidemias que tendían a acompañarlas, persistieron durante todo el «largo» siglo XVI. La mortalidad en las rápidamente crecientes ciudades de Europa era alta hasta en los años promedio, en los «catastróficos» y en los demás tiempos (Helleiner, 1967: 83). La hambruna «era tan insistentemente recurrente durante siglos, que llegó a incorporarse al régimen biológico del hombre y a incorporarse a su vida cotidiana» (Braudel, 1981: 73-74). Así fue que la transición al capitalismo se posibilitó por un régimen biológico que ponía un pesado fardo (mal)nutricional sobre los vientres de los productores directos.

Así, una brecha metabólica –que se iba siempre ampliando– entre la ciudad y el campo y crucialmente entre el campo y el mismo campo, desde los principios mismos del sistema capitalista mundial. (Los lotes comerciales de alimentos y los monocultivos de granos de hoy día, tienen un linaje bien largo). Esta brecha me-

2. Desde 1400 hasta 1750 Europa fue una gran consumidora de pan y era, en más de la mitad, vegetariana... Solamente esta dieta «retrógrada» le permitió a Europa soportar la carga de una población continuamente creciente... De lo que la gente generalmente está menos consciente es de que esta situación bosquejada en 1750 –grandes raciones de pan y un poco de carne– era en sí el resultado de un deterioro y no es así cuando retrocedemos en el tiempo hasta la Edad Media (Braudel & Spooner, 1967: 413-14; ver también Teuteberg, 1975: 64-65).

En verdad, los salarios reales descendientes en esta era dejaron un «gran grupo de consumidores... sin dinero con que comprar carne». Además, aún si «los salarios en dinero... seguían el precio del grano a una gran distancia... los asalariados estaban a merced de cualquier ascenso súbito en los precios, debido a fracasos en cosechas o en demoras en los embarques» (Slicher van Bath, 1963: 205, 199). Finalmente, parece que la nueva relación ciudad-campo del capitalismo estaba inscrita, aunque de modo disparejo, en los cuerpos de los propios productores directos: el consumo per cápita de carne entre los habitantes de la ciudad aumentó modestamente en el siglo XVI, pero declinó abruptamente para los campesinos, cuyo consumo de carne era justamente un séptimo del de los pobres urbanos (Blanchard, 1986: 454-55, 460).

Feudalismo, capitalismo, socialismo, o teoría y política de las transiciones eco-históricas

tabólica entre la ciudad y el campo interrumpió el flujo de nutrientes del campo hacia la ciudad, donde los desechos no eran reciclados sino usualmente echados, por ejemplo a los ríos. Así, el capitalismo tendía a amasar la contaminación en y alrededor de las ciudades y a agotar los recursos en el campo (Foster & Magdoff, 1998). Finalmente, la explotación capitalista directa del medio ambiente, como en el caso de la plata y el azúcar, creó nuevas redes secundarias de actividad productiva. La plata y el azúcar dieron vida a los cultivos comerciales en la agricultura cerealera, la silvicultura y la ganadería (entre otros) –todos ellos destructivos en grados variados. La plata y el azúcar no eran las únicas fronteras mercantiles del capitalismo temprano. Pero eran las más importantes.

Hemos enfocado los desarrollos en las Américas más bien que en Europa en este bosquejo, porque parece dudoso que el capitalismo hubiera podido surgir solamente sobre la base de las ventajas socio-culturales y ecológicas de Europa, que no eran grandes. Las Américas asumen tal importancia especial para la cuestión de la transición por varias razones. Primero, las Américas ofrecían oro y plata. La Europa medieval estaba desesperadamente, crónicamente escasa de lingotes –como lo estaría hasta fines del siglo XIX. Como hemos visto, la entrada de plata americana aportó un filo especial contra el hambre, particularmente en aquellas ciudades que jugaron un rol crucial en la acumulación originaria de capital. Segundo, los climas tropicales del Nuevo Mundo eran favorables a una diversidad de cultivos comerciales, muchos de ellos importados de Afro-Eurasia en un ejemplo clásico de «imperialismo ecológico» (Crosby, 1986). Tercero, por más animada que fuera, la resistencia de las sociedades indígenas a la invasión europea era en gran parte inefectiva, eliminando así en la mayoría de los casos la amenaza de revueltas campesinas serias, que resultaron tan problemáticas a los estratos dominantes de Europa en los siglos XIV y XV. Cuarto, si bien el gran diezmo de la población del Nuevo Mundo mediante la enfermedad –en sí una crisis ecológica probablemente sin precedente en la historia de la civilización humana– socavó las posibilidades de resistencia efectiva al imperialismo, también

planteaba un problema laboral, que solo podía ser resuelto mediante el trabajo forzado. La solución a este problema laboral se encontró, por supuesto, en la trata de esclavos africanos. La gran ventaja del esclavismo moderno sobre la servidumbre y sus antecedentes pre-modernos era su movilidad geográfica; aún más que el trabajo asalariado, el esclavismo le permitía al capital y a los plantadores mudarse según lo demandaran la ecología y la economía (Tomich, 2001). Esto no era poca cosa en las sociedades de fronteras inquietas del Nuevo Mundo.

Donde más dramáticas eran las contradicciones socio-ecológicas del capitalismo temprano era en el Nuevo Mundo. Como consecuencia, la demanda del sistema por suministros frescos de tierra y trabajo era más grande en las Américas, que aportaban un terreno hospitalario que satisficiera esa demanda porque: 1) había vastos espacios de tierra para el que la quisiera, debido a la débil resistencia indígena; y 2) había amplios suministros de trabajo, debido al éxito de la trata de esclavos africanos. En suma, las Américas no solo eran económicamente centrales para la consolidación del capitalismo en el «largo» siglo XVI; también eran ecológicamente centrales. En otras palabras, las Américas eran económicamente centrales en el grado en que el medio ambiente natural favorecía la rápida acumulación de capital. El intercambio ecológico desigual entre las periferias americanas y los centros europeos –y entre la ciudad y el campo en múltiples escalas– significaba no solo que el medio ambiente americano era dejado sin aprovechar y que necesitaba una mayor ampliación de la división del trabajo. Cada nueva etapa de esta ampliación capitalista mundial involucraba una agricultura capitalista más intensiva, una nueva y más grave ruptura en el reciclaje de nutrientes de los ecosistemas locales –en Europa no menos que en las Américas.

El flujo de productos agrícolas americanos –sobre todo, del azúcar– significaba que la división del trabajo ciudad-campo dentro de los estados centrales podría profundizarse más allá de la capacidad de ninguna economía «nacional» individual. Robert Brenner puede tener razón en que la transformación social de la agricultura inglesa –que hizo posible la productividad aumentada– también hizo posible el



surgimiento de un vasto ejército de reserva de trabajo, que podía ser puesto a trabajar en los molinos satánicos (1977). Pero hay mucho más que esto. Los beneficios que resultaban tanto directamente de los comercios íntimamente vinculados de esclavos y azúcar, como indirectamente mediante los costos reducidos para reproducir a la clase trabajadora inglesa, o las actividades rentables de transporte por barco y la construcción naviera, contribuyeron a un fondo de acumulación que hizo posible la ulterior expansión e intensificación de la división capitalista mundial del trabajo. La esclavitud africana, por ejemplo, representaba no solo una transferencia económica de una arena externa a la economía-mundo capitalista, sino también (¿igualmente?) una transferencia ecológica. Este era el «cálculo ecológico» del esclavismo. Los plantadores «compraban esclavos 'cultivados' en África, con alimentos africanos, le aplicaban su trabajo a la producción de carbohidratos para la exportación a Europa y desplegaban poca preocupación por su sobrevivencia una vez que pasaba el tiempo en que ellos realizaran trabajo útil» (Hugill, 1993: 61). El desarrollo «nacional» al interior de Europa se alimentaba con los frutos de la ecología política del esclavismo.

Todo esto permitía y en realidad forzaba a una ampliación de la brecha entre el centro y la periferia y entre el campo y la ciudad, así como dentro del propio campo. En igual medida, la capacidad de los ecosistemas locales para reproducirse dentro de la división capitalista del trabajo, era radicalmente –y todavía más, progresivamente– socavada. Por tanto, la explotación por el capital del medio ambiente natural –es decir, la explotación de la naturaleza (extra-humana) mediante la explotación de la fuerza de trabajo– es una de las contradicciones más importantes, quizás la más importante que necesita la continuada expansión geográfica de la economía-mundo capitalista.

Movimientos Antisistémicos, Historia Medioambiental y la Crisis de la Biosfera

La preferencia del capitalismo histórico por remedios espaciales más que sociales a sus olas recurrentes de crisis parecería presentar un

problema mayor en un planeta con límites geográficos bien definidos. Mientras existió tierra y trabajo fresco más allá de donde alcanzaba el capital (pero dentro del alcance del capital), las contradicciones socio-ecológicas del sistema pudieron atenuarse. Con las posibilidades de colonización externa que encerraba el siglo XX, el capital había sido forzado a seguir estrategias de colonización «interna», entre las cuales podríamos incluir el crecimiento explosivo de las plantas y animales genéticamente modificados, desde 1940; la perforación a cada vez mayor profundidad y en ubicaciones cada vez más distantes en busca de petróleo y de agua; y quizás lo más ominoso, la conversión de los cuerpos humanos –especialmente los pertenecientes a mujeres, personas de color, trabajadores y campesinos– en vertederos de desechos tóxicos para toda una gama de sustancias carcinogénicas y por demás letales.

Estos desarrollos son nuevos y no lo son al mismo tiempo y esto es precisamente lo que han perdido de vista muchos en los movimientos medioambientales del mundo. Estos movimientos se han enfocado en los factores próximos de la degradación medioambiental contemporánea –las políticas gubernamentales, las corporaciones multinacionales, las organizaciones y los acuerdos comerciales internacionales, etc.– sin situar estos factores sistémicamente y mucho menos históricamente. Y sin embargo, si el medioambientalismo de izquierda tiene que encontrar un camino entre el reformismo ecológico y el ultra-izquierdismo, a mí me parece que una ubicación sistémica e histórico-mundial de la relación del capitalismo con la naturaleza pudiera ser muy fructífera.

Hay dos cuestiones que parecen especialmente pertinentes. Primera, ¿cómo conocemos una crisis ecológica cuando la vemos? Y segunda, ¿quiénes son los agentes de la sostenibilidad medioambiental?

«Crisis» es uno de esos términos de los que se abusa y fácilmente degenera en una cortina polémica. Asumamos por el momento que la crisis relevante es una crisis del capitalismo. Aquí usaremos el término «crisis ecológica» en un sentido bastante básico, para referirnos a los problemas ecológicos que han llegado al punto de desestabilizar las relaciones establecidas de

Feudalismo, capitalismo, socialismo, o teoría y política de las transiciones eco-históricas

producción y reproducción y por lo tanto han desestabilizado la producción de valor excedente –una tal desestabilización requiere un gran cambio en ambas. (Está por verse cuán grande). Esto es lo que distingue la crisis ecológica de la mera degradación. (Esta última suele constituir genuinas crisis humanas en el sentido en que obligan a profundas transformaciones en las relaciones de producción diarias para las personas que trabajan y hasta para los capitalistas pequeños y medianos). Por supuesto, una crisis ecológica en este sentido queda en el plano de la hipótesis. Pero me parece que el mero hecho de que una tal crisis está siendo ampliamente reconocida y debatida, hasta (¿especialmente?) en su forma hipotética, lo que en sí es indicativo de la gravedad de la situación.

El genio del capitalismo, como hemos visto, ha estado en evitar los costos de la degradación ecológica local y regional mediante la reubicación. El capitalismo es por naturaleza un sistema global y globalizador. Las crisis ecológicas regionales, consecuentemente, no plantearon obstáculos insuperables a la acumulación en escala mundial –en realidad tales crisis pueden posibilitar positivamente la acumulación, como demuestra Mike Davis en su cuidadoso estudio entre las fluctuaciones de El Niño, la hambruna desastrosa y la acumulación primitiva a finales del siglo XIX (2001). Como hemos visto, las crisis ecológicas locales pudieron ser superadas mediante la extensión global de las actividades productivas. Solo después de la 2ª Guerra Mundial comenzó esto a cambiar. Por primera vez, las contradicciones ecológicas del capitalismo comenzaron a jugar en una escala que correspondía a sus actividades económicas. Al organizar «procesos económicos [que] comenzaron a rivalizar con los ciclos ecológicos del planeta», la economía-mundo capitalista abrió «como nunca antes la posibilidad de un desastre ecológico a escala planetaria» (Foster, 1994: 108).

La globalización del capitalismo y la globalización de la crisis ecológica no están menos íntimamente vinculadas en el siglo XX que lo que lo estaban en el siglo XVI. La diferencia está en la escala de la crisis y esto hace un mundo de diferencia para la clase de crisis ecológica de la que

estamos hablando. La idea de crisis ecológica como crisis ecológica absoluta –«desastre ecológico planetario»– es quizás tan terrorífica que ha obscurecido a otras formas de crisis. Históricamente hemos visto lo que podrían llamarse crisis ecológicas sistémicas –crisis dentro de un sistema histórico que se cruzaba con otros problemas sociales para obligar a un desplazamiento fundamental en las estructuras de acumulación de riquezas. Este fue el caso con la transición del feudalismo al capitalismo. También hemos visto crisis eco-históricas dentro de un sistema social. Estas forzaron desplazamientos grandes, aunque no fundamentales en su economía política. La historia del capitalismo, por ejemplo, puede contarse en parte por la historia de las sucesivas reorganizaciones de la agricultura y la extracción, yendo desde las revoluciones agrícolas de los siglos XVII y XVIII a las revoluciones verdes del XX. Cada etapa del capitalismo corresponde a formas históricas específicas de explotación agro-ecológica, cada una de las cuales toma forma a partir de las contradicciones ecológicas de la era previa (Moore, 2000).

Que la economía global no pueda sostener su relación actual con el medio ambiente global es ampliamente aceptado, fuera de la derecha política. Lo que queda por verse es si la crisis ecológica que se avecina es absoluta, sistémica, o eco-histórica. Las señales apuntan en todas direcciones. Sin una concepción de la crisis ecológica que identifique sus geografías históricas distintas, sin embargo, nos quedamos con nociones vagas de la crisis que sirven a la derecha política y al centro, más que a la izquierda política. Lo mejor que se puede decir es que el resultado de la crisis ecológica contemporánea –que yo creo que está enlazada con la crisis del capitalismo como sistema histórico– dependerá en un alto grado de cuál conocimiento histórico-geográfico captura la imaginación popular.³

Una gran parte de cualquier «conocimiento histórico-geográfico» potencialmente emancipador tiene que ver no solo con la predicción y retrodicción de la crisis ecológica, sino igualmente con los agentes de una sociedad ecológi-

3. Ver el importante artículo de Harvey sobre los conocimientos geográficos (2000).



camente sostenible. Aquí pienso que la noción de Marx de metabolismo [*stoff-wechsel*] es especialmente importante. Con demasiada frecuencia, pensar en términos de las categorías de Marx significa pensar solamente en términos de clase y capital. Si bien los problemas de la crisis ecológica bajo el capitalismo pueden ser conceptualizados plenamente mediante las categorías de Marx, estos problemas no siempre pueden ser reducidos a capital y clase. La dialéctica de la naturaleza, la naturaleza y la sociedad y el metabolismo del propio proceso de trabajo, aunque están dialécticamente enlazados con el capital y la clase en la era moderna, son inexplicables solamente al interior de estos.

Pueden, sin embargo, ser conceptualizados en términos de metabolismo y la división del trabajo que conforma –y es conformada por– los intercambios materiales con la naturaleza. En la época capitalista, la degradación del suelo ocurre por la relación histórico-mundial (y globalmente expansionista) entre la ciudad y el campo; la degradación del trabajador ocurre por la relación histórico-mundial (y globalmente expansionista) entre el capital y el trabajo. De esta manera, la geografía del sistema capitalista mundial y la «geografía» del cuerpo humano están vinculadas en modos que evidentemente tiene muchísimo que ver con la acumulación del capital y la (re)producción expandida de las relaciones de clase, pero no puede ser explicada solamente en términos de esas relaciones. Mediante la concepción de Marx de metabolismo, podríamos extender el alcance del materialismo histórico al «problema mayor del ‘destino de la tierra’ y sus especies» (Foster, 2000: 254). Entonces, decir que la naturaleza tiene su propia dialéctica y en diversos modos su propia autonomía, no es sucumbir al determinismo medioambiental (que desplazaría a la lucha de clases como la fuerza motriz de la historia) sino más bien reforzar la idea de que las clases hacen la historia, pero no en las condiciones eco-geográficas que ellas mismas escogen.

Pienso que aquí es donde podemos comenzar a pensar seria y activamente acerca de los agentes de una sociedad medioambientalmente sosteni-

ble. La ideología burguesa se ha anotado una de sus mayores victorias al separar la degradación medioambiental de la explotación de clase –en verdad, esta es solo una de las manifestaciones particularmente importantes de un dualismo cartesiano mente-cuerpo, cuya historia intelectual data del «largo» siglo XVI. El medioambientalismo, según la sabiduría recibida, es un movimiento «no-clasista» (O'Connor, 1998: 14). Si bien hay un (muy pequeño) grano de verdad en esta formulación, ella oscurece una realidad subyacente más significativa. Desde los años de 1980, el surgimiento de las organizaciones medioambientales a escala mundial ha sido impulsado en gran parte por la acción colectiva de los productores directos, especialmente en las regiones subdesarrolladas –por ejemplo, los campesinos de Asia del Sur o el movimiento de justicia medioambiental de los Estados Unidos. La ubicación de la acción medioambiental ha comenzado a desplazarse hacia los sitios de producción (como la granja) y de reproducción (la comunidad) y más allá de las luchas estrechas por preservar «lo silvestre»⁴. Las luchas por la seguridad alimentaria y del agua han comenzado a hacer que la imaginación de la población se desplace del medio ambiente como algo «ahí afuera» a una concepción del medio ambiente como «aquí adentro» –la carne insegura, la leche cargada de hormonas y los productos genéticamente modificados se han convertido en sitios discutidos de transformación medioambiental. Los cánceres, las enfermedades autoinmunes y otros problemas de salud ahora cada vez más se vinculan y hasta conceptualizan como degradación medioambiental.

Si bien la traducción precisa de estas preocupaciones populares a preocupaciones de clase es una cuestión abierta, la coyuntura presente parece ser un momento propicio para reinstrumentar la crítica histórico-geográfica del capitalismo por la izquierda, para poner estas cuestiones en el centro. Al privilegiar el proceso de trabajo en la transformación ecológica, somos capaces de identificar a los trabajadores como los agentes de una sociedad más sostenible.

4. Sobre el concepto de naturaleza como lo silvestre prístino, separada de la intervención humana, ver Cronon (1966) y Williams (1980: 67-85).

Feudalismo, capitalismo, socialismo, o teoría y política de las transiciones eco-históricas

Porque las contradicciones socio-ecológicas de las relaciones de clase modernas prometen no solo la degradación, sino la liberación. «La libertad», plantea Marx, solo puede ser encontrada cuando una nueva sociedad «de productores asociados gobierne el metabolismo humano con la naturaleza de un modo racional» (1981:

959). Al ubicar los orígenes de la crisis medio-ambiental en el sistema capitalista, la izquierda mundial podría comenzar a hacer un planteo fuerte de que el medio ambiente y las clases son inseparables y que la liberación del suelo y el trabajador están idénticamente ligados en el mismo grado que su degradación.

Bibliografía

- BRAUDEL, FERNAND
1981 *The Structures of Everyday Life: The Limits of the Possible*, S. Reynolds. trans. New York: Harper and Row.
- BRENNER, ROBERT
1977 «The Origins of Capitalism: A Critique of Neo-Smithian Marxism». *New Left Review*, No. 104, 25-92.
- CROSBY, ALFRED W., JR.
1986 *Ecological Imperialism*. Cambridge: Cambridge Univ. Press.
- DAVIS, MIKE
2001 *Late Victorian Holocausts*. London: Verso.
- ELLIOT, J. H.
1968 *Europe Divided, 1559-1598*. London, Collins/Fontana.
- FOSTER, JOHN BELLAMY
1994 *The Vulnerable Planet: A Short Economic History of the Environment*. New York: Monthly Review Press.
- FOSTER, JOHN BELLAMY
2000 *Marx's Ecology: Materialism and Nature*. New York: Monthly Review Press.
- FOSTER, JOHN BELLAMY Y MAGDOFF, FRED
1998 «Liebig, Marx and the Depletion of Soil Fertility: Relevance for Today's Agriculture», *Monthly Review*, L, 3, July-Aug., 32-45.
- HARVEY, DAVID
2000 *Spaces of Hope*. Berkeley: Univ. of California Press.
- HELLEINER, KARL
1967 «The Population of Europe from the Black Death to the Eve of the Vital Revolution», in E. E. Rich & C. H. Wilson, eds., *The Cambridge Economic History of Europe, N: The Economy of Expanding Europe in the 16th and 17th Centuries*. London: Cambridge Univ. Press, 1-95.
- HUGILL, PETER J.
1993 *World Trade since 1431: Geography, Technology, and Capitalism*. Baltimore: The Johns Hopkins Univ. Press.
- MARX, KARL
1967 *Capital*, 3 vols. New York: International Publishers.
- MARX, KARL
1973 *The Grundrisse*, M. Nicolaus, trans. New York: Vintage.
- MARX, KARL
1981 *Capital*, Vol. III. New York: Penguin.
- MOORE, JASON W.
2000 «Environmental Crises and the Metabolic Rift in World-Historical Perspective», *Organization and Environment*, XIII, 2, June, 123-58.
- O'CONNOR, JAMES
1998 *Natural Causes: Essays in Ecological Socialism*. New York: Guilford Press.
- QUIJANO, ANIBAL Y WALLERSTEIN, IMMANUEL
1992 «Americanity as a Concept, or the Americas in the Modern World-System», *International Social Science Journal* XLIV, 1, 549-57.
- RICHARDS, J. F.
1990 «Transformation». in B. L. Turner II et al., eds., *The Earth as Transformed by Human Action: Global and Regional Changes in the Biosphere over the Past 300 Years*. Cambridge: Cambridge Univ. Press, 163-78.
- SZCYGIELSKI, WOCJIECH
1967 «Die Okonomische Aktivitat de Polnischen Adels im 16.-18. Jarhumdert», *Studia Historia Economicae*, 11, 83-101.
- TOMICH, DALE
2001 «The Pervasive Institution: A Hemispheric Perspective on Comparative Slaveries», unpubl. paper, Department of Sociology, Binghamton Univ.
- WALLERSTEIN, IMMANUEL
1980 *The Modern World-System, II: Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600- 1750*. New York: Academic Press.
- WHITE, LYNN, JR.
1962 *Medieval Technology and Social Change*. Oxford: Oxford Univ. Press.